

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, mayo de 1955

Núm. 1035

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

EL MONAGUILLO

ALEGRE como repique de gloria, el monaguillo de la Iglesia parroquial, daba siempre un tono festivo y de simpatía, a todo lo que le rodeaba.

Los actos religiosos tenían un no sé qué de infantil, cuando el monaguillo ayudaba a la festividad o a la Misa. Su cara siempre sonriente y llena de ingenuidad, no daba lugar a que se le reprendiese, cuando algunas veces lo merecía.

No dejaba de hacer sus buenas travesuras, que ante la cariñosa reprimenda del Párroco, respondía ingenuamente:

—No lo haré más. Fué, de veras, sin yo querer. Sin darme cuenta... lo hice.

Y el buen Párroco sabía muy bien que si algo hacía malo, no lo era tanto, pues la malicia y la maldad eran desconocidas de aquel niño, que sin dejar un solo día, ayudaba a la Misa parroquial y recibía a Dios, con una expresión tan angelical, y una emoción tan extraña que conmovían al buen Cura Párroco.

A veces se le sorprendía, llegar en apurada carrera, Iglesia adelante, echando al suelo alguna silla, haciendo tambalearse alguna devota, y llegando hasta el altar, y a modo de saludo apurado, pues le esperaba el Señor Cura para salir a decir su Misa diaria, decir frente al Sagrario:

—Ya estoy aquí, Jesús mío. Casi llevo tarde, pero vine. Trabajo me costó levantarme, ya lo sabes. Te dejo. Voy a buscar al Señor Cura que me espera y me va a reñir si no llego pronto. Hasta en seguida.

Y corría de nuevo a la Sacristía en loca carrera dejándose caer cómicamente para dar la sensación de mucha prisa, diciéndole al buen Párroco:

—Ay, Señor Cura, a veces me parece que la Iglesia cada vez está más lejos. Sobre todo por el invierno y hace frío. Pero no se preocupe que yo no faltó. Cuando que a podemos salir a decir la Misa.

Y el buen sacerdote, que tenía preparada una buena filípica, ante aquella ranqueza e ingenuidad, se veía des-

armado y seguido del monaguillo se dirigía al altar para decir su Misa diaria.

Y así siempre. Un día y otro, el monaguillo, puntual o retrasado, acudía a la Parroquia para ayudar la Misa y recibir a Dios.

—No podría hacer nada en todo el día, comentaba con sus padres, si no ayudase a Misa en la mañana.

En la función de la tarde, a la solemnidad de la fiesta del novenario o de cualquier otra conmemoración, el monaguillo era algo imprescindible a fuerza de verlo siempre en todos los actos. Su sonrisa era contagiada a los fieles que les parecía un ángel de aquellos que estaban pintados en el cuadro de la Virgen, y que bajaba siempre a ayudar al sacerdote en todos los actos. También aquellos ángeles sonreían, y hasta algunos decían, que el parecido era exacto con aquel ángel que tan cerca estaba de la cabeza de la Inmaculada Concepción. Y el niño oía aquello y se pasaba extasiado contemplando el cuadro y hablando con ángeles y santos como si fuesen personas que con él pudieran conversar.

Cuando un día el Párroco al recoger las limosnas del cepillo de la Iglesia, vió asombrado que la devoción popular había aumentado en los últimos tiempos, y la recaudación era muy cuantiosa. No es que fuera en cantidades importantes, sino muchas monedas que daban la idea de muchas aportaciones.

No estaba el hombre muy conforme con aquel aumento no justificado y puso atención en observar quiénes eran los devotos que echaban sus pequeños ahorros en el cepillo de la Iglesia.

Y vió sorprendido, cómo el monaguillo procurando no ser visto, iba metiendo una a una varias monedas en la cajita de las limosnas.

Comprendió, entonces, el Señor Cura de dónde venían las abundantes limosnas y sospechó a dónde iban a parar las propinillas que le daban él y sus feligreses al monaguillo.

Le llamó con el afecto y cariño que solía hacerlo y le recriminó por su

comportamiento, pues aquellas propinas eran para él por sus preocupaciones y trabajos en la Iglesia. Y el simpático monaguillo con aire entristecido le contestó:

—Es que la Iglesia necesita muchas cosas... y yo no necesito nada; pero si ahora lo sabe usted, Dios no me lo tendrá en cuenta y no tiene mérito alguno. ¿Me promete, Señor Cura, no decírselo a nadie, y así Dios me seguirá queriendo mucho?

Y el santo varón, no pudo contestarle nada más que con un gesto de aprobación, pues no podía hacer otra cosa ante tanta devoción y tanto amor a Dios.

Un día, el Señor Cura, esperaba en vano la llegada de su monaguillo. Vestido ya en la Sacristía, pasaba ya más tiempo del corriente, cuando se retrasaba. Impaciente ya, hubo de salir a decir su Misa... solo. Algún alma caritativa contestaría a sus oraciones. Lo demás ya él se arreglaría para servir en la Santa Misa.

Peró toda la Misa estuvo distraído. Se le iba la imaginación a aquel chiquillo que por primera vez no iba a ayudarlo en su Misa diaria. Y las oraciones duraban algo más de lo normal, pues el pensamiento se le iba tras de su monaguillo.

Al terminar, apuradamente se fué a la casa del chico para ver qué pasaba. Algo malo tenía que ser, porque él no faltaría, así como así.

Y efectivamente: el pobre chico, con una gran fiebre estaba en cama, delirando a veces, e intentando levantarse otras, para correr a la Iglesia, pues el Señor Cura no podría decir la Misa sin él.

—¿Cómo se arregló, Señor Cura, sin mí para decir la Misa?—Fué la primera pregunta, llena de inquietud que le dirigió al verlo entrar.

—Fué muy fácil.—Y la idea le vino rápida al buen hombre: Salí sólo al altar, ya que tú no venías, y al poco rato, al empezar las oraciones siento que contestan a mi lado con tu misma voz. Me vuelvo, y talmente creí que eras tú; pero por instinto miré al cuadro de la Virgen y, no me extrañó mucho: faltaba el ángel aquel que está cerca de la cabeza de la Inmaculada. Y así pude decir la Misa.

El niño sonrió complacido y como si encontrase natural todo aquello, le dice:

—Sí. Hicimos ese pacto aquel ángel y yo, para cuando no pudiese ir a la Iglesia a ayudarle a Misa por estar enfermo. Pero, también, me prometió el Dios del Sagrario, que si yo no iba a verlo... vendría El a verme a mí.

—Y vendrá. No lo dudes. Ahora mismo voy a buscarlo para traerlo a tí.

Y el pobre viejo, con una sonrisa, también angelical, en sus labios, corrió a la Iglesia para llevar a aquel ángel la compañía diaria de Dios, en la seguridad de que ambos estaban tristes porque no se habían visto aquella mañana.

Y el Dios del Sagrario, entró en la casita del monaguillo, mientras él radiante de alegría, y como recuperado de su mal, con la mirada llena de júbilo, extendía sus brazos hacia el Santísimo que entraba por su casa a verle y adentrarse en su corazón como todos los días.

—Ya sabía que vendrías, dice el monaguillo, y sabía también que me echabas de menos en la Iglesia. Pero no te preocupes, pronto estaré bien y volveré a verte todos los días para que no tengas que molestarte en venir hasta aquí. Está muy frío y ya ves yo me puse malo por eso, pero sé que Tú vienes a curarme; por eso sabía que vendrías.

Y el Señor Cura con emoción infantil daba la comunión a aquel ángel convencido de que era aquel que estaba cerca de la cabeza de la Virgen Inmaculada del cuadro.

DON JUSTO

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

La Resurrección de Jesús de Nazaret, tal como lo había prometido, al tercer día de su muerte, es la confirmación de su doctrina, de sus palabras, de su divinidad.

Toda la doctrina de Jesús de Nazaret, estaba pendiente del acto anunciado de la Resurrección para ser confirmada. Al ocurrir este hecho tan extraordinario, en el mundo comenzaba una nueva época y la presencia de Dios entre los hombres para redimirnos y salvarnos, había sido una gran verdad.

Verdaderamente Aquel hombre era el Hijo de Dios.

El Centurión romano lo había presentado al contemplar de cerca su muerte.

Y el acto de la redención se nos presenta todos los años con toda la fuerza emotiva de aquellos tiempos, sintiendo en nosotros la pena y la amargura de la Pasión y Muerte del Señor, y haciéndonos meditar por unos días el gran beneficio de la redención del mundo.

¿Y la aprovechamos nosotros? ¿Sabemos sacar de él el provecho necesario? No cabe duda que la religiosidad se aumenta con los años, según el tiempo y la sensatez, la realidad de la vida, lo que el mundo nos enseña, todo ello, nos

ayuda a mejorarnos y perfeccionarnos en nuestros principios religiosos.

Seamos optimistas ante el problema religioso. Pidamos a Dios su gracia, pidámosla con fé, y él hará que nuestro corazón, si está endurecido y materializado por la vida, vaya ablandándose y sintiendo cada vez una mayor emoción religiosa, acercándose cada vez más a Dios, y encontrando en El esa paz espiritual tan necesaria para el hombre y que el hombre no encontrará jamás en las cosas de la vida.

En muchos acontecimientos de nuestra vida vemos la mano de Dios que nos señala el camino. Sepamos aprovechar esos acontecimientos; pongamos atención a las llamadas que El nos hace; hagamos todo lo posible por adaptarnos a sus preceptos y normas de vida; saquemos todo el provecho posible a ese acto tan grandioso y extraordinario de la redención del género humano que todos los años pasa ante nosotros con vivo recuerdo para que cada vez perfeccionemos más nuestra vida y nuestro modo de vivir, pensando en que es poco el tiempo que nos resta para presentarnos ante El y dar cuenta de nuestros actos.

Si adaptamos todos nuestros actos humanos a los mandamientos de Dios y de la Iglesia, nuestra vida será más llevadera, más resignada, y las inquietudes serán menores, ya que hemos ordenado nuestros fines, subordinando los secundarios a los principales.

Un día cualquiera... próximo o lejano, terminará nuestra existencia humana ¿y después? Este problema hemos de resolverlo cada uno por sí, sin tomar acuerdos en Consejo, ni opiniones ajenas interesadas. Solos. Y ante Dios.

No desaprovechemos las ocasiones de encauzar y rectificar los errores, grandes o pequeños, de nuestra vida.

Pensadlo un momento y resolved en consecuencia.

...Entonces se levantó el Maestro y llamando a Pedro de entre los demás, le dijo:

—Sígueme.

R.

CHARLA

—Imposible, estoy ocupadísimo. No tengo tiempo para nada.

—Ya lo sé. Tal vez por eso vengo a tí.

—Pues no le veo la gracia, venir a darme más quehacer.

—Bien. Pero tus tantas ocupaciones ¿de qué clase son?

—Mi profesión me da mucho quehacer, a veces...

—Sí, ya lo sé; puedo seguir yo: A veces, te pasas muchas horas de la noche trabajando en tu despacho, ¿no era eso lo que ibas a decir?

—Exactamente. Ya tu comprendes mi situación.

—Sin embargo...

—¿Aún más trabajo quiere darme?

—Yo te pido poco. Muy poco.

—Pero ese poco para mí sería tal vez la gota de agua.

—No exageres. ¿Has pensado cuánto tiempo al año dedicas a alguna actividad en provecho del alma del prójimo, siendo cristiano como eres?

—Pago varias suscripciones y hago donativos.

—Eso no te cuesta. Es dinero que te sobra y que nada significa si lo comparas con lo que gastas en cualquier distracción del domingo.

—Cierto; no es mucho, pero es algo. Menos es nada.

—Pero de tu trabajo personal. En el que pongas a contribución tu esfuerzo y tu inteligencia, ¿qué haces? Yo te lo digo: Nada.

—¿A qué hora lo voy a hacer?

—No te faltarán si tienes buena voluntad: Colabora, ayuda, poco o mucho, pero haz algo.

—¿Cómo, en dónde?

—Hay mucho que hacer. No rechaces la petición que te hacen de encargarte de cualquier pequeña actividad en una Asociación religiosa, en una labor de organización. Hay mucho que hacer y si todos hicieran un poco, aunque sea un poco, se podría hacer mucho.

—Ya hay quien haga bastante y se ocupa de ello.

—Pocos, muy pocos.

—Pero trabajan bien y su labor es eficaz.

—Contempla la vida precaria de todas las Organizaciones religiosas. Lánguidamente viven. En algunas, un hombre extraordinario, las dirige, y entonces viven potentes. Tú ya las conoces.

—Sí, efectivamente, hay algunas.

—Ese hombre extraordinario no es corriente. Es un sacrificio, tal vez, lo es todo en la organización, por un afán de grandeza espiritual digno de imitar. Pero, ya te digo, no es ese el modo de trabajar. Hacen falta hombres que trabajen, que ocupen cargos y que trabajen en ellos, que tengan concepto de la responsabilidad que contraen, que levanten esas organizaciones que mueren lánguidamente en manos de hombres que han envejecido en sus puestos sin encontrar nunca quienes les sustituyan.

—Bien, ¿y qué se puede hacer?

—Mucho, con muy poco trabajo.

—Concretamente...

—Con sólo dedicar algún tiempo semanal a una labor determinada: Una secretaría, una tesorería, una labor de máquina de escribir organizando Asociaciones que no nacen por falta de brazos que ayuden, ficheros, propaganda, colaboración. Unirse a esos hombres extraordinarios que son hombres y no pueden estar en todas partes ni hacerlo todo, y ellos dirán lo que hay que hacer, sin que creas exigirán mucho tiempo. Una sola misión de cada uno con buena voluntad haría surgir una Acción Católica fuerte, poderosa, eficaz, dirigida por esos hombres de grandes virtudes y de gran entusiasmo y voluntad, pero secundados por muchos colaborado-

res que cumplieren la pequeña misión encomendada.

—Bien. Te ofrezco una hora semanal a tu elección.

—Magnífico. Con una hora semanal tuya y otra hora semanal de otros, se puede hacer una labor inmensa, extraordinaria, grandiosa. Yo te lo aseguro.

—Me contagiaste. Haré lo que me digan en esa hora semanal que ofrezco por el momento. Más adelante veré de tener más tiempo.

—Todo es querer y tener buena voluntad. Hay que hacer todo lo posible por no llegar ante Dios... con las manos vacías.

DON JUSTO

BLANCO

En las primeras comuniones

Blanco el altar, y las flores blancas, y la Hostia blanca; blancos los trajes que visten los niños de blancas almas.

Conjugaciones de blanco reflejan en la deífica cara de Dios, como en un espejo, sus resplandores de ansias.

Dios Hostia miró a los niños, y al ver su alma inmaculada se dijo: — ¡Voy con vosotros! — y bajó al copón de plata.

Y los niños a Dios vieron, y al escuchar la llamada, van en pos del copón blanco en busca de la Hostia blanca.

¡El blanco, qué poder tiene! Todo a su poder se allana; todo obedece a lo blanco. ¡Lo blanco atrae con ansias!

Blanco altar y blancas flores, y blancas galas, y blancas las almas... ¡Qué agusto en ellas la blanca Hostia descansa!

Hermenegildo Rodríguez

DOS de MAYO

Año 1808

Madrid era un hervidero tumultuoso. La ausencia de Fernando VII, que llamado con engaños a Bayona por Napoleón, se hallaba secuestrado allí con otros hombres españoles; la libertad obtenida por el aborrecido del pueblo, Godoy, por influencias del emperador francés y sus agentes en España; esto unido a las divergencias de la Junta de Gobierno, ante la invasión de las tropas francesas con el príncipe Murat a la cabeza; sus dilaciones, sus debilidades y sus temores a las iras del emperador, habían despertado los recelos, el descontento y el odio del pueblo, que haciendo evidente demostración de sus iras, incurría en violencias aisladas contra los que consideraba sus enemigos y vejadores.

El ambiente era amenazador y un mur-

mullo de protesta y descontento cundía de uno a otro extremo de la capital de España. La Junta había demandado a Fernando VII la resolución a las preguntas que le elevaba, entre otras: «Si debían empezar las hostilidades, si debían cerrar la entrada a España de más tropas francesas, etc., etc.».

Mientras tanto, Murat, al frente de la brillante guardia imperial de a pie y a caballo, ocupaba la ciudad, secundado por la infantería mandada por Musnier, mientras el mariscal Moncey, rodeaba Madrid con el tercer cuerpo del ejército.

Se emplazaba la artillería en el Retiro, y, en una segunda línea más atrás, en las cercanías de El Escorial, Aranjuez y Toledo, las divisiones de Dupont, instalaban sus campamentos. En total unos veinticinco mil hombres, cuando la guarnición de Madrid contaba solamente con tres mil.

Carlos IV se halla en Bayona, amparado por Napoleón, con la intención de que su hijo Fernando VII le restituya la corona y aquél, como cosa convenida, la transmita al emperador. Opónese el monarca español a la voluntad del invasor, cuanto está en su mano hacerlo y, mientras tanto, el 30 de abril, llega a Madrid el gran duque de Berg, con el encargo de Carlos IV de que se presenten en Bayona sus dos hijos, la reina de Etruria y el infante Don Francisco.

En cuanto a los tres primeros, no existe inconveniente. La reina posee plena libertad de acción y por ser considerada como extranjera, el pueblo no la quiere, siéndole indiferente su partida; pero en cuanto al príncipe Francisco, el tierno infante, es querido por todos y su partida ha de producir forzosamente hondo pesar en el pueblo. Delibera la Junta la decisión de Carlos IV y Murat la apoya, alegando que como menor de edad, el infante se debe a la tutela de su padre, máxime reconociendo, por su parte, como único rey, a Carlos IV. Esta vez, como todas las demás, vacila la Junta; mas ofendidos algunos miembros por lo que juzgan una intromisión insultante, se emiten enérgicas opiniones y hasta hay quien propone la fuerza. No obstante, el vocal O'Farril, como ministro de la guerra, hace un cuadro tan lamentable de la situación militar de Madrid, para que se pueda proceder a una resistencia, que al fin la Junta ha de acceder para el día 2 de mayo a la partida del infante.

Una gran muchedumbre se apiña frente al palacio real, el día mencionado. La partida de las personas reales ha corrido como reguero de pólvora, más cuando el pueblo, receloso y desconfiado, está atento a todo incidente que pueda ser motivo de nuevo ultraje por sus enemigos. Caras sombrías y provocativas, veíanse por todas partes; grupos de madrileños de las afueras, que aquella noche la pasaron en la villa, iban de un lado a otro arrogantes y altivos, deseosos de querrela. Produjéronse algunos choques a primera hora, entre éstos y las patrullas francesas que veíanse incitadas por los ademanes desafiantes del pueblo. Un algo amenazador y siniestro pesaba en el ambiente, precursor de próximos acontecimientos, como suele acontecer en los críticos momentos de toda contienda. La reina de Etruria, con sus dos hijos, salió de palacio en

medio del clamor popular y partió en una litera, mientras la servidumbre de palacio hacía correr la voz de que el infantito Francisco, lloraba en sus habitaciones porque no quería abandonar Madrid.

Ello despertó los fáciles sentimientos de compasión y ternura de las mujeres del pueblo y la indignación de los hombres, y cuando el infante subió al coche que había de llevarlo, se oyó la voz de una anciana que gritaba: «¡Válgame Dios, se nos llevan a Francia a todas las personas reales!» Era la chispa que había de hacer arder la hoguera que latía en todos los pechos. Arrojóse la muchedumbre sobre el coche real y cortando los tirantes de las mulas, libraron al infante y arremetieron con espadas y cuchillos sobre las tropas francesas y el ayudante de Murat, Lagrang, que se disponía a escoltar a los reales viajeros. Salvóse éste porque le escudó con su cuerpo un oficial de la guardia walona, y aún hubieran perecido ambos a no ser por una carga de la caballería imperial que despejó la situación. Sin embargo, la furia había estallado y la rebelión se extendió por toda la ciudad. Los patriotas lanzáronse contra el invasor por todas partes. Empuñando espadas, cuchillos, chuzos, estacas, hierros, y toda clase de artefactos ofensivos, atacaban a los franceses por las calles, sacábanlos de las casas, matando a los que se resistían y encerrando a los menos. Pero sin jefe que dirigiera sus ímpetus y sus alardes de heroísmo, ni tropas que lo secundaran, aquellos miles de valientes poca cosa podían esperar del arrojo ante tan poderoso enemigo que acudiría, pasada la sorpresa, a aplastarlos con su imponente fuerza. No obstante, el desconcierto de los primeros momentos en las filas francesas, enardeció los ánimos de los españoles, considerándose dueños de la situación.

Se extiende la lucha por las calles, ferozmente y, desde las azoteas y los balcones, arrojan, mujeres y niños, todos cuantos objetos hallan a mano contra los irritados invasores. Las calles y plazas se llenan de cadáveres y heridos de ambos bandos; más pronto oyesse el galope desenfrenado de la flamante y poderosa guardia imperial al mando de Daumesnil. Acude Murat, experto en la lucha a campo abierto como en las calles de las grandes ciudades y como tiene las tropas situadas estratégicamente, previniendo cualquier contingencia como la que se desarrollaba, ordena a las mismas la represión y ésta se deja sentir bien pronto. Llegan la caballería y con terrible saña acuchilla a las gentes por las calles y tras ellos, los lanceros polacos y los mamelucos, saquean las casas desde donde disparan o creen que disparan, degollando a todos los vecinos que caen en sus manos.

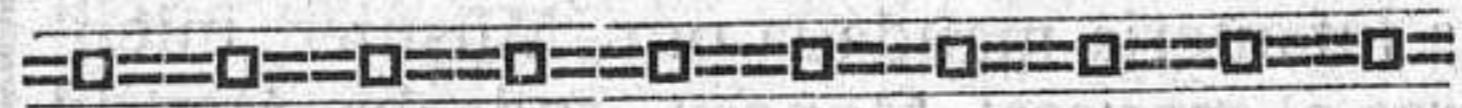
Las tropas españolas hallábanse acuarteladas por incomprensible orden de la Junta y el capitán general Francisco Javier Negrete, con la consigna de no moverse por ninguna circunstancia. A pesar de ello, los ánimos del ejército vibraban de inquietud e impaciencia ante los acontecimientos y ante la flaqueza y debilidad de un gobierno que ahogaba en sus pechos la voz acuciadora del patriotismo. Este fué el motivo por el que al llegar el pueblo al parque de artillería, salieron los soldados a la calle con tres cañones y, a

frente de ellos, los capitanes Luis Daoiz y Pedro Velarde, uniéndose a ellos un piquete de infantería capitaneado por un oficial llamado Ruiz. La lucha se desató con furia indescriptible y el arrojo y bravura llevóles a rendir un destacamento de cien franceses; pero pronto cae Ruiz gravemente herido y Velarde muere de un balazo. Poco después se inicia el cuerpo a cuerpo y Daoiz herido, acomete con ciego furor y cae muerto entre las bayonetas enemigas.

Delega la Junta a O'Farri y otras autoridades para entrevistarse con Murat y proponerle que en compañía de un general francés se recorra Madrid apaciguando los ánimos y haciendo deponer las armas. Acepta el príncipe Napoleónico y se restablece el orden bajo promesa de olvidar lo sucedido. Pero se hace público un bando y casi sin tiempo a darlo a conocer se pone en vigor y por el cual se condena a ser pasado por las armas hasta el que lleve un simple cortaplumas o tijeras. Asimismo, son fusilados todos cuantos han sido cogidos o vistos con armas en la mano durante los sucesos.

Se inician los primeros fusilamientos frente a la Puerta del Sol. Durante toda la tarde y toda la noche continúan en el salón del Prado y, al día siguiente, en la Montaña del Príncipe Pío.

Esta es la primera gesta maravillosa de enaltecido patriotismo, que escribió con letras de sangre nuestra Guerra de la Independencia. En ellas gravita con el sublime sacrificio de sus vidas las heroicas figuras de aquellos grandes patriotas que, anónimos o desconocidos, pudieron escribir su nombre junto a los inmortales hijos de España, Daoiz y Velarde.



Comentando

El Reglamento

He aquí una palabra mágica. Con el reglamento se justifican las cosas más incomprensibles: Lo manda el Reglamento. Lo prohíbe el Reglamento. Lo ordena así el Reglamento. Lo dice el Reglamento. Y el Reglamento es más respetado que los mismos principios que lo han establecido.

Somos víctimas de esas normas articuladas, y distribuidas en capítulos, que ordenan, prohíben, mandan, establecen. Y muchas veces, esos artículos van contra el sentido común, contra la lógica, contra lo

más conveniente y eficaz; pero lo ordena así el Reglamento, y hay que aceptarlo. Sería muy conveniente, revisar con frecuencia los Reglamentos y adaptarlos a las circunstancias de la vida, y de los tiempos, teniendo en cuenta lo práctico y rectificando lo conveniente; pues, tengamos en cuenta, que muchos Reglamentos están escritos por los años de 1800 y algunos que no cito para no molestar instituciones respetables, datan de Carlos III, sin tener en cuenta que desde entonces acá han pasado algunos años.

La misma legislación se fosiliza a fuerza de años de no ser tocada o revisada, díganlo si no nuestras leyes fundamentales c viles y comerciales, con unos impresos para documentos de uso diario cuya redacción nos recuerda y sigue adaptada a la época de Francisco Drake y los primeros tiempos de la vida de ultramar.

Y no sólo son as leyes y normas y Reglamentos de la vida civil, otros hay que necesitan revisión y adaptación al sentido común y práctico de la vida moderna, a fin de buscar más eficacia en la aplicación de los principios y fines que se persiguen. Lo ordenará así el Reglamento, pero éste puede corregirse, y no creo que padezca lo fundamental si ponemos el Ritual en castellano.

Sustituto

Almacenes



Arbués

Covadonga, 27

Materiales de Construcción

Material de "URTELLITA"

Planchas, Tubería, Depósitos

Gijón

Teléfono 1817

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIBENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)